

C·I





Capítulo 1

La escuela arcoíris¹

Riesgo psicosocial en la escuela

Érase una vez un hombre viudo llamado Edward. Tenía los ojos azules, la piel blanca, el cabello oscuro, y era muy alto. Aunque entusiasta y amable, vivía precariamente con su familia en una muy humilde cabaña de un reino muy lejano llamado Villa Alegría. Desafortunadamente, su esposa había fallecido hacía unos meses, dejándolo a cargo de sus dos hijos, Juan y Laura. Estos niños eran lindos, juiciosos, amables y respetuosos. Les encantaba aprender cosas nuevas y divertirse estudiando, pero lamentablemente no podían asistir a la escuela porque su papá no podía pagarla; así que se dedicaban a ayudar con los quehaceres de la cabaña mientras Edward salía todas las mañanas a trabajar.

Cerca de la cabaña había grandes fincas con cultivos de mangos, fresas, moras y aguacates, también resplandecientes granjas donde tenían muchos animales como conejos, gallinas, patos, cerdos, vacas y caballos. Era allí en donde Edward podía trabajar para llevarle la comida a sus pequeños hijos. Él se caracterizaba por ser una persona muy trabajadora, responsable y dedicada ya que cuidaba de todos los cultivos y también de los animales, dándoles alimento y limpiando el lugar donde se encontraban. Disfrutaba mucho hacer estas actividades diarias, armonio amaba estar en contacto con los animales y poder cuidarlos.

1. Cuento resultado del trabajo del grupo de investigación Calidad de Vida, Salud y Seguridad Laboral del Politécnico Grancolombiano con sus proyectos: Innovación en la gestión empresarial, el trabajo digno y decente en el marco de la Seguridad y Salud Laboral; consultoría GSSL 2022-2023; código IACI2022-FSCC-CVSSL-87389; y Prevención de riesgos laborales en ambientes de trabajo y sus complejidades en las ciencias del trabajo para trabajadores y futuros trabajadores; código IA2024_CVSSL_PEC_06-87418.

Un día soleado de otoño, cuando las hojas secas caían de los árboles, Hugo, el dueño de una de esas fincas, regresó de un largo viaje por el desierto de San Benito. Al llegar, observó que todo estaba muy bien cuidado: sus animalitos estaban sanos, gordos y limpios; y sus cultivos llenos de frutos con hojas frondosas y verdes; todo se veía hermoso. María, la encargada de ayudarlo con la limpieza, le comentó que había una persona nueva cuidando de los animales y cultivos, pero él no sabía quién era esa figura misteriosa.

—¿Quién es esta persona que cuida tan bien de mi finca?
—preguntó Hugo, intrigado.

—Es Edward, un hombre muy trabajador y dedicado. Ha estado cuidando de todo como si fuera suyo —respondió María.

Hugo quedó pensativo al respecto, por lo que al día siguiente quiso conocer a esta persona que estaba trabajando con tanto esfuerzo. Se levantó muy temprano, desayunó y decidió recorrer la finca hasta encontrarla. Después de un largo rato de caminata, encontró a Edward entre el cultivo de fresas.

—Buenos días —dijo Hugo, acercándose—. Tú debes ser Edward. Quiero agradecerte por mantener mi finca tan hermosa.

—Buenos días, señor Hugo —respondió Edward, sorprendido—. Es un placer para mí cuidar de este lugar.

—Estas tierras me traen muchos recuerdos de la infancia —continuó Hugo, con un tono melancólico—. Aquí pasé momentos maravillosos junto a mis padres, pero ya no están vivos. Prometí cuidar de este bello lugar, pero mis ocupaciones en el trabajo me lo impiden.

Edward asiente, comprendiendo el sentimiento.

—Disfruto mucho de mis actividades diarias en la finca, pero me siento

desanimado porque no puedo pagar la escuela de mis pequeños hijos, Juan y Laura —dijo Edward, con un suspiro.

Hugo lo miró fijamente, preocupado.

—Mi esposa falleció hace dos meses, y los gastos médicos nos dejaron en una situación muy difícil. No tuve más remedio que sacar a mis niños de la escuela. Ellos son muy inteligentes y les encanta aprender, pero no puedo permitirme pagar su educación —dijo Edward, con voz triste.

Hugo sintió una profunda tristeza por la situación de Edward. Con voz de angustia, le dijo:

—Llévame a tu cabaña. Quiero ver cómo puedo ayudar. Quiero conocer a tus hijos y saber más sobre tu vida —dijo con voz cálida.

Después de conocer a los niños, Hugo se comprometió a apoyarlos y cambiar el futuro de esta gran familia. Fue a la Escuela Arcoíris y habló con la directora Susane sobre la situación de Juan y Laura.

—Estoy dispuesto a cubrir todos los gastos escolares de los niños —dijo Hugo con determinación.

Susane se conmovió, y con entusiasmo dijo:

—Serán admitidos y pueden empezar las clases mañana mismo.

Hugo, lleno de alegría, salió rápidamente de allí y fue a la cabaña de Edward. Al llegar, profundamente conmovido, los sorprendió:

—¡Juan, Laura! —exclamó Hugo—. ¡Van a volver a la escuela!

Los niños lo abrazaron con gratitud, con un brillo en sus ojos que reflejaba la felicidad que inundaba sus corazones. La mañana siguiente, Juan



Ilustración: Ana María Orjuela

y Laura se despertaron muy temprano, emocionados por su primer día de clases. Sin saber qué ponerse, cada uno escogió la ropa del otro. Luego, rápidamente, despertaron a su papá.

—¡Papá, prepáranos por favor, el desayuno! —dijo Juan, impaciente—. ¡No queremos llegar tarde!

Así fue como Edward les preparó un desayuno delicioso, y Juan y Laura salieron muy contentos hacia la Escuela Arcoíris. Al llegar, la profesora Luna los estaba esperando en la entrada y los llevó hasta su salón, donde los presentó frente a sus nuevos compañeros de clase. Sin embargo, Rodolfo, un niño rubio y pecoso, empezó a burlarse de ellos.

—¡Miren su ropa! —se rio Rodolfo—. ¡Parece sacada de la basura!

Luna lo reprendió de inmediato.

—¡Rodolfo! —exclamó con firmeza—. ¡Eso es inaceptable! Pide disculpas ahora mismo.

Rodolfo, molesto, murmuró:

—Pobres mugrosos...

Juan y Laura sintieron una gran tristeza en su corazón al escuchar esas palabras, pero decidieron mantener la alegría durante la clase. Dibujaron, cantaron, bailaron y se sintieron llenos de felicidad. Sin embargo, al salir al recreo, Rodolfo y sus amigos los esperaban en la puerta del salón.

—¡Vaya, miren quiénes están aquí! —dijo Rodolfo con desdén—. Los pobres mugrosos.

Juan y Laura, muy asustados, salieron corriendo y llorando rumbo a su humilde cabaña. Al llegar, su papá los estaba esperando, y al verlos tan exaltados, les preguntó angustiada:

—¿Cómo les fue en la escuela? ¿Qué les pasó?

Los niños no podían pronunciar una sola palabra; estaban visiblemente afectados. Edward esperó pacientemente a que se calmaran un poco para que le explicaran la razón de su tristeza. Al cabo de un rato, dejaron de llorar y comenzaron a contar cómo un niño llamado Rodolfo los había maltratado.

—No queremos volver a la Escuela Arcoíris —dijo Laura entre sollozos—. Nos sentimos muy mal por lo que nos hizo Rodolfo.

Edward, muy preocupado y sin saber qué hacer, llamó a Hugo para pedirle consejo sobre la situación. Hugo, al escuchar lo sucedido, fue inmediatamente a la cabaña porque le preocupaba el estado de los pequeños niños. Al llegar y verlos tan tristes, fue de inmediato a la Escuela Arcoíris y habló con la directora Susane.

—¡Buenas tardes, Susane! —exclamó Hugo al entrar en la oficina—. Necesitamos hablar urgentemente sobre Juan y Laura.

Susane lo miró sorprendida.

—¿Qué ha pasado, Hugo? —preguntó con preocupación.

—Un estudiante llamado Rodolfo ha estado molestando a Juan y Laura —explicó Hugo—. Han regresado a casa muy tristes y no quieren volver a la escuela.

Susane, consternada, respondió:

—No tenía conocimiento de esto. Llamaré a la profesora Luna para que nos dé más detalles.

Luna llegó rápidamente a la oficina y les explicó lo que había presenciado. Al final dijo:

—Pero no sabía que había seguido molestándolos.

Susane, Luna y Hugo se dirigieron al salón de clases para preguntar sobre lo sucedido, pero ninguno de los niños habló; todos se quedaron en silencio al ver a los tres adultos, temiendo meterse en problemas con Rodolfo, quien los había amenazado.

Hugo, al ver que todos los niños guardaban silencio, se retiró con Susane para hablar.

—Susane, tengo una idea —dijo Hugo—. ¿Qué tal si hacemos una obra de teatro para enseñarles a los niños sobre el respeto y la empatía?

Su idea era crear una obra de teatro con todos ellos, excepto Juan y Laura, quienes estarían presentes en el público junto a todos los padres observando el espectáculo. Susane asintió y le dijo:

—Me parece una excelente idea, Hugo. Podemos involucrar a todos los niños para que aprendan una lección importante.

Durante la obra, Rodolfo interpretaba a un niño pobre que vivía en una choza, llena de mugre y sin nada que comer. Los demás personajes eran los vecinos de Rodolfo, quienes le hablaban con groserías y se burlaban de su choza y de él. Tantas fueron las burlas que recibió que se hizo a un lado y bajó su cabeza, triste. En ese momento, Juan y Laura, al verlo así, decidieron subir al escenario y abrazarlo fuertemente. Todos quedaron en total silencio al observar tan bella escena.

Rodolfo, en ese momento, comprendió que su manera de actuar con Juan y Laura no era la correcta. Les devolvió el abrazo con más fuerza y les pidió perdón.

—Lo siento mucho, Juan y Laura —dijo Rodolfo con sinceridad—. No debí tratarlos así.

Todos aplaudieron al ver el final de la obra. Los niños formaron una fila, agradeciendo al público, y se cerró el telón.

Hugo subió al escenario e invitó a todos los niños y a sus padres a la cancha de fútbol. Tenía preparada una sorpresa para cada uno de ellos: globos, paletas, crispetas, algodones de azúcar y muchos juegos para compartir. Todos, al verse reunidos allí, comprendieron la importancia de respetar a las personas independientemente de las diferencias que podían tener y aprendieron que no deben hacer a otros lo que no les gustaría que les hicieran, manteniendo la unión constante y el trabajo en equipo.

Edward, Juan y Laura, después del evento, se dirigieron a su cabaña donde los esperaba María con la gran noticia de que podían vivir en la finca de Hugo, rodeados de animales y grandes cultivos.

—¡Vamos a vivir en la finca de Hugo! —exclamó Edward, emocionado.

Ilusionados, alistaron sus maletas y salieron de inmediato.

Con el paso de los días, Juan y Laura se divirtieron mucho en su nuevo hogar. En la Escuela Arcoíris, vieron cómo sus compañeros los aceptaban y compartían momentos increíbles con cada uno de ellos. Se sintieron felices y agradecidos. Cada día de clases estaba lleno de aventuras donde aprenderían temas nuevos junto a sus amigos, disfrutando de todo lo que vivían en este maravilloso lugar, con las personas que amaban.

Edward vio cómo el respeto y el cuidado mejoraron sus vidas. Por su amabilidad y trabajo con entrega, Hugo lo apoyó siempre, así como a los niños. Todos comprendieron que tratar bien a los demás y cuidar lo que tenemos puede cambiar nuestras vidas y hacer amigos.

Sus hijos, Juan y Laura, aprendieron a ser valientes y a responder con bondad, incluso cuando alguien los tratara mal. Edward estaba agradecido por la ayuda de Hugo y de la Escuela, y supo que enseñar respeto y cuidado a sus hijos les ayudaría a tener un futuro feliz y lleno de amigos.



Ilustración: Ana María Orjuela